

Entrañables

Monólogo para un solo acto

Ignacio Martínez

Personaje: hombre de mediana edad, alrededor de 50 o 55 años.

Escenografía: en un extremo del escenario una mesita de bar con dos sillas. En el centro una ventana. En el otro extremo un sofá. Algunos libros, algunos diarios, posillos de café.

Tres máscaras (blanca, negra, roja)

Música: *Tango* (en piano). *Recuerdos I* (melodía en piano). *Recuerdos II* (melodía en violín), *Milonga* (en guitarra), *Melodía I* y *Melodía II*. Todas las composiciones musicales son creadas e interpretadas por el autor en disco compacto. Se sugieren también sonidos de sirenas, disparos de armas de fuego, corridas de personas y un celular con tono de teléfono común.

Síntesis de la obra: Un hombre, poeta él, de mediana edad hace una consulta con una psicóloga que le recomendó un amigo. Ella lo invita a conversar. Él accede y busca en esa conversación una suerte de terapia por la muerte reciente de un ser querido, pero lo que hace es ir reconstruyendo toda su vida y descubriendo que tiene un montón de muertes que han ido ocupando su alma, llenándola por momentos de dolor, pero al mismo tiempo reconociendo en esas personas desaparecidas una enorme riqueza que ellas le han dejado a lo largo de sus vidas y de su propia vida. Esto le permite recordar momentos con una mezcla de dolor y de alegría, revalorando todo lo que significaron para él; intensidades que lo llevarán a redimensionarse y pensar lo que él puede significar ahora para los otros. La obra es un momento de recuerdos llenos de estremecimientos, con momentos de sutil humor, pero sobre todo, redescubrimientos de la vida a través de la suya.

COMIENZO DE LA OBRA

El hombre entra lentamente. Se oye Recuerdos.

–Con permiso... Gracias.

Se sienta en el sofá. Se dirige a una persona imaginaria, la psicóloga. Termina la música.

–No, el gusto es mío. Es bueno tener amigos en común. Sí, él me dijo que viniera, que usted es una persona muy abierta... No, al contrario, no se moleste, estoy bien aquí. Lo que pasa es que nunca consulté a una Psicóloga y bueno... No, ¿nervioso?... no, bueno, un poco.

Queda en silencio unos instantes mirando a la lejanía.

–Sí, mi hermana falleció hace diez días y desde entonces ando perdido. No sé...

El hombre se acomoda una y otra vez en el sofá.

–¿Cómo dice? Sí, escribo... y, de todo... libros para niños, para adultos, teatro, un montón de poemas... no, poeta no sé si puedo llamarme, no me atrevo. Escritor sí, tal vez, y es suficiente. Bueno, como le decía, la muerte de mi hermana me ha derrumbado y ya no escribo, dejé de escribir... No sé, por eso nuestro amigo en común me dio su nombre. Vivo de lo que escribo. Es un privilegio, pero me gusta más decir que vivo para lo que escribo y como en estos días me detuve y no hice nada, todos han quedado un poco preocupados... Dicen que no me puedo abandonar así. ¡Qué va a ser de mí!, dicen Y qué quiere que les diga. No sé. A Usted tampoco sé qué decirle. No sé lo que me pasa ni por qué dejé de escribir.

El hombre se levanta y va hacia el público mirando a una mujer imaginaria. El rostro del hombre se ve desencajado. Se oye Recuerdos II.

(Para Graciela)

Me cuesta tanto decir que has muerto...

Cada vez que lo digo se me parte la tierra.

El cielo se derrumba detrás de mis pupilas

y mi boca se calla en ahogado silencio.

Me cuesta tanto decir que es cierto...

Me duelen las entrañas como ruido de guerra.

En el pulso me laten abejas asesinas

y la mañana clara se me nubla por dentro.

¿Por qué tu melodía se ha truncado temprano

si eres buena y tu cara es de manos abiertas?

En tu corazón llevas los corazones prójimos

y te entregas a ellos en resueltas ofrendas.

Has entrado en el mundo de la eterna presencia

intangible, serena, sutil en cada poro.

Por eso sólo digo hasta luego Graciela,

nos vemos en los pasos de todas las veredas.

En tu corazón llevas los corazones prójimos

y nuestros corazones están llenos de vos...

El hombre vuelve a sofá

–Sí, tuve un cuadro de... No, no fue nada. Entré con dolor en el pecho y me dieron pase al

Psiquiatra. Están locos... Sí, ellos están locos, *mira al público* pero no fue nada... Sí, a usted la

banco... Yo no estoy enfermo ¿me entiende? Y menos de la cabeza. Por favor. Bueno, sí, todos tenemos algo pero... No, está bien, usted tiene razón. ¿Cómo? Si recuerdo otras muertes. Claro, tengo tantos recuerdos. Pero es ahí donde está el quid de la cuestión. Me están pesando tanto los muertos, que parece que vivieran plenamente en algún lugar de mi alma y no me dejaran en paz ni se dignaran a marcharse al lugar que se les ha asignado... No, el del olvido no ¡por favor!... No sé como explicarlo, por eso dejé de escribir ¿entiende? ¿No? Se supone que usted debe entender y sacarme del pozo.

El hombre se levanta y va al público

(Mientras)

Solo a la vida.

Solo.

A la muerte, solo.

Mientras tanto

vivo lleno de ustedes.

Se dirige a la mesa del bar. Se sienta. Se oye Tango.

–Está bien, si vos decís. Mañana sin falta voy al consultorio. ¿Cómo dijiste que se llama la Psicóloga? Bueno, hablaré con tu amiga Violeta, pero espero que no me rompa mucho.

Puede ser. No sé. Tal vez tengas razón y me ayude. Hoy hace aniversario de Hugo y son tantas cosas. Lo que pasa es que todos los días son aniversarios aquí adentro *Se toca el pecho* y me parece que lo voy a ver en la otra esquina. ¿Será por eso?

El hombre toma un libro y hace que lee.

(Literatura mía)

Me refugio en vos,

sana locura.

Me refugio en vos

literatura.

Me refugio en vos

locura mía.

Me protejo en vos

sana poesía

El hombre se levanta y va hacia el público. Se oye Melodía I.

–La poesía parecería ser el único territorio que me salva y que los puede evocar tal cual fueron. Allá los veo, los toco, converso con ellos. En la poesía mis entrañables son inmortales.

Mira a algún espacio como si hablara con Hugo

(Para Hugo)

Te veo misterioso, como si construyeras
un mundo paralelo, un manantial de ideas,
un ávido ateneo de públicas polémicas,
un cabildo poblado de muchos cabildantes
que te habitan y andan entre tus pensamientos
como un fresno fecundo de historias y de verbos.

Firme como ese árbol, llano como sus hojas,
duro de tronco duro y como el tallo, tierno,
me falta tu sonrisa casi de niño eterno
de eternas juventudes que no machucó el tiempo.

Te nombro ahora y vuelves cual poema de Idea:

“Inútil decir más. Nombrar alcanza”. Es cierto.

Pero a pesar de todo me urge hablar contigo.

La muerte de un amigo es siempre prematura,
la partida al recuerdo es a horas tempranas
y la tuya me trajo dolor en las entrañas,
puntadas en el pecho, sudor de presión baja,
sensación de vacío, derogación del alba.

Hombre de pensamiento, reflexión en voz alta,
no está en las conclusiones la virtud de la idea
sino en el empedrado camino que la gesta,
lleno de otros caminos que forman la comarca
por donde va la gente que se cruza y que piensa,
que reconoce en otros los sueños que se crean.

Tu academia no tuvo pulcritud de academia.
Supo de compromisos, de opción de barricadas,
de pasos por veredas, por calles y por plazas.
Tus ideas no saben de neutrales ni asepsias,
son contagiosas, manchan, crecen y desperezan
la modorra del mundo que contigo despierta.

Tantas cosas quedaron pendientes de esta charla
que espero que me llames con tu voz apurada
y vengas a mi casa lleno de frases breves

o en medio de la idea tomes todas las pausas
y luego te levantes, te despidas, te vayas
con un *bueno, nos vemos, con un hasta mañana.*

No puedo resignarme a no verte en la calle.
Tendré que resolver la forma de encontrarte
en un libro, un periódico, detrás de un estandarte,
en el vuelo de ideas, de olas y de aves
o entre las multitudes o entre las soledades
o en la sombra del fresno o en la luz de la tarde.

No me alcanza nombrarte y sin embargo es cierto,
tal vez las cuatro letras de tu nombre me basten
para escribir el réquiem o la vasta elegía.
Quizá tu nombre sea la síntesis de todo
y ya no tenga heridas tu corazón abierto
y vuelvas con nosotros a ocupar tus espacios.

–Son tantos los nombres. Que lo parió con ese poema de Idea: “Inútil decir más. Nombrar alcanza”. Es la mejor declaración de amor jamás escrita en cinco palabras. Si ella tuviera cincuenta años menos... si tuviera... si todo empezara de nuevo, antes del último día.

¿Cómo puedo hacer para nombrarlos a todos y nada más?

El hombre se pone la primera máscara. Se oyen sirenas, tiros, corridas. El hombre se levanta y corre para un lado y para otro.

–¡Déjenla en paz, jodidos! ¡Corré Elena! ¡Corré! ¡Metete en la Embajada! ¡Hacete fuerte, carajo! ¡No te dejés agarrar! ¿Dónde estás? ¿Eras vos al final? Creíamos que era otra, que vos no podías caer nunca. Volá, haceme el favor. No te quedés ahí, suspendida en la duda.

El hombre va de un lado a otro del escenario en medio de ruidos y luces intermitentes.

Silencio abrupto. Se oye Milonga. El hombre vuelve a mirar al público sin quitarse la máscara.

(Para Elena)

Treinta años buscándote...

te hallamos tantas veces

te vimos en pretilos

o detrás de los árboles

entre túnicas blancas

o saltando los páramos.

Treinta años buscándote...

mil veces te perdimos

pero tu voz estuvo

detrás de nuestras voces

igual que tu mirada

debajo de mis ojos.

Después de treinta años

todos envejecimos

menos vos siempre joven

siempre con tu sonrisa
de tonos renovados
para llegar al alma.

Cuánto tiempo ha pasado
quizá sólo un instante.
Empecinadamente
vuelves cada mañana
porque tu invierno tiene
la tibieza del alba.

El hombre vuelve al sofá sin la máscara. Está nuevamente en el consultorio.

–No, no fue la única, pero ella caló hondo, sabe. Si, tal vez por su vieja, la Tota querida. Es que a veces me parecía que Elena se encarnaba en su madre y le juro que no sé si es delirio de escritor, pero más de una vez sentí que la madre nacía del vientre de su hija. No. Por supuesto. Esto es una metáfora. No me mande al Psiquiatra. No me lleve a un psiquiátrico. Estoy bastante bien. Fue una broma. Fue una metáfora. Pero eso es lo que siento también con tantos otros: amigos y amigas que parieron a sus padres. En serio. Y sí, qué quiere que le diga, a veces también pienso que hablan a través de mis palabras. No quiero hablar por ellos, no. Es más, a veces sus silencios son tan fuertes, y lloro como un marrano. Ellos son mis entrañables, ¿entiende? Van más allá del raciocinio, aunque todos sabíamos qué hacíamos. No fueron delirios de juventud ni aventuras de idealistas utópicos. Aunque algo de utopías me quedan todavía.

Suena Melodía II. El hombre vuelve a pararse, va a la mesa del bar y habla con “alguien”. Se pone la segunda máscara.

(Para un desaparecido)

Yo elijo mi vida

yo elijo mi muerte
no sos vos, homicida,
el que me muere.

Muero con el olvido,
con los ausentes,
con los que no caminan
sobre los puentes.

Nací dos veces:
el día de mi arribo
y el de mi muerte.
Cuando me encuentren

me moriré de veras
y tercamente
voy a nacer de nuevo
eternamente.

Así que no me mates
porque no muere
el que vive en los pasos
y entre los dientes

de los que aún caminan

de los que cantan

los que mil veces caen

y se levantan

El hombre se quita la máscara y reacciona como si recibiera la llegada de alguien a su mesa.

Sonríe. Se pone de pie, saluda y se vuelve a sentar.

–Ubagésner, casi no te reconozco. Vení, sentate aquí, tomate una. ¡Mozo, sirva al amigo! ¿Lo de siempre? ¡Sí, medio y medio, gracias! ¿Recién saliste de la fábrica? ¿Yo? Yo ando en una consulta con la amiga de un amigo. Sí, es Psicóloga. Tenés razón, a veces hay que hablar con otros para no hablar solo con el espejo... o con un muro ¿Qué decís? No. No se termina nunca. Como la vida. Una vez que nacés es para siempre. Claro, después de la muerte cambiás de forma, pero algo sos: osamenta, recuerdo, cenizas, poesía, nostalgia, dolor, alegría, hijos, nietos, amigos que te evocan, homenajes, placas de bronce, nombre de calle, añoranza de unos, puteadas de otros... pero si no sos olvido, algo sos.

El hombre mira al público y vuelve a oír Tango. Recita como hablándole a Ubagésner, poniéndose de pie y dando vueltas alrededor de la silla vacía donde se supone que está su interlocutor.

(Para Ubagésner)

¿Qué fechas se pondrán sobre tu tumba?

¿Qué texto escribirán en tu epitafio?

Naciste con tu arribo a la existencia

y cuando te tragaron los demonios, naciste

y ayer, cuando volviste a la penumbra, naciste.

Tres nacimientos luminosos...

Moriste, como todos morimos un poquito,

el día que comenzó tu vida:

el viaje de regreso hacia la nada.

Pero hace treinta años te moriste también
y ayer te volviste a morir a plena luz
o más bien te regresamos la muerte
que te robaron hace treinta años.

Tres tiempos tan distintos y distantes...

¿Qué fechas se pondrán en tu epitafio?

¿Qué texto escribirán sobre tu tumba?

Tres fechas que te dan el nacimiento.

Tres fechas de tres formas de morir.

¿Cuál de todas escribiré en tu lápida?

Yo quiero poner sólo tu nombre,
síntesis de todo lo ocurrido,
para escribir mañana con un hueso chiquito,
los epitafios que me quedan
en mi memoria y en la tuya
que guarda tantos nombres, todavía...

El hombre deja la máscara. Vuelve al sofá.

–Y sí, fueron años muy bravos. Yo era un muchacho, pero todo lo que hicimos no fue un delirio juvenil. *suenan el celular con tono de teléfono común.*

–Disculpe. No lo apagué cuando entré a la consulta. *El hombre saca su celular y lo mira.*

–Está apagado. *El celular sigue sonando.* ¡Está apagado y sigue sonando! ¿Qué me calme? Este es el sonido que siento a cada rato y me censuro y me censuran y me trato de refugiar en la poesía para ver si me alivio, pero también asoman por allí mis muertos queridos, mis entrañables, y vuelven a sonar como admirable alarma contra los olvidos y las colas de paja y los homenajes hipócritas y los recuerdos pegotines o remeras o gorros.

Y tanta mierda... ¡Por supuesto que hay gente formidable que quiero tanto! Pero hay formas y formas para el punto final. Una, la peor, es el olvido o la resignación de que no hay nada para hacer o que las cosas son así y no pueden ser de otra manera. La peor forma de morir es terminar pensando de la misma manera que el que nos mata ¿entiende? *El celular deja de sonar. Se oye Tango. El hombre toma la tercera máscara y comienza a recitar levantándose del sofá y adquiriendo cada vez más fuerza, como marchando, hasta terminar el poema subido en la silla como si fuera una tribuna. Recita como si estuviera en un acto, en una trinchera, con enardecida pasión. Los espectadores hacen como el público de ese mitin imaginario.*

(Para mis hermanos comunistas)

Ya los asesinaron una vez

¿quién quiere volverlos a matar?

¿quién quiere resarcir tanto dolor?

¿quién puede reparar el sufrimiento?

¿no serán las monedas del olvido?

¿no será la desmemoria y el silencio?

No hay dinero ni metal en el planeta
que nos pueda quebrar este recuerdo.

Sólo con la verdad y la justicia
encontraremos paz en nuestro pueblo
que se murió una vez en cada muerto
y en cada muerto se levantó de nuevo
para seguir andando como hoy
porque el punto final nunca fue cierto,
porque se puede morir sólo una vez

y porque nadie mata por decreto
y porque hoy, a treinta y ocho años,
tenemos un debe y un anhelo:
el mundo esplendoroso para todos
por el que se murieron nuestros muertos.

Con cierto pudor, volviendo a la realidad, descubriéndose sobre la silla, en una posición absurda, se nota expuesto ante la gente.

–Perdón. *Mirando al público.* Perdone. *Mirando a la psicóloga.* Esto creo que lo escribí hace poco. *Lo dice subido aún en la silla, mirando al sofá, con una pose incómoda y casi ridícula. Baja y vuelve al consultorio.* ¿Se acuerda de los comunistas que fusilaron en el Paso Molino? No yo no los conocí... Pero qué digo si están dentro de mí y ocupan un inmenso territorio de mi espíritu cansado y hace treinta y ocho años que coexisten con mis desventuras.

El hombre va volviendo a cierta perplejidad, agobio, derrota. Mira la máscara. Se hace silencio.

–Y sí, doctora, ¿le puedo llamar doctora? ¿Ah, no? ¿Violeta, nomás? Bueno. “El tiempo pasa”. Sí, como la canción. “Nos vamos volviendo viejos” y muchos que lograron sobrevivir, también se mueren, como Hugo, como Rúben, como Joel allá lejos, como tantos. ¿Vuelvo el viernes? Pierda cuidado, está todo bien. La verdad es que creo que me siento bien charlando con usted. Hasta la próxima.

El hombre se levanta y camina como sin rumbo por el escenario, mirando aquí y allá.

Suena Recuerdos I. Se detiene frente al público y recita el poema como contándoselo a la gente, mirando a cada espectador incisivamente. Tiene máscaras en sus manos y mira una y otra como si también les hablara a ellas.

(Para Rúben Prieto)

Ha muerto un anarquista.

Que nadie baje las banderas.

Las utopías lloran de pie
como el internacionalismo.

Ha muerto un anarquista.

Cualquier lugar del mundo es bueno
para vivir como las plantas,
para morir como las aves.

Ha muerto un anarquista.

La libertad de luto mira
cómo se va el hombre solo,
cómo eternamente se queda.

Ha muerto un anarquista.

Se abre paso entre las sotanas,
derrumba los templos de ideas
que ven el sol a la intemperie.

Ha muerto un anarquista.

Su cuerpo no dará más sombra,
se olvidará su voz y un día
será la luz del día nuevo.

Ha muerto un anarquista.

Anduvo con su casa a cuestas

Ya no será más él, andando,
a partir de ahora me habita.

El hombre sale apurado. Va con las tres máscaras. La música termina. Como si entrara al consultorio, se sienta en el sofá, pone las tres máscaras a su lado, bien visibles. Cuando “entra la Psicóloga” se pone de pie y la saluda.

–Disculpe, pensé que no llegaba. No, no se mi hizo tarde por ninguna razón. Anduve vagando por la calle. Y sí, pensando, ando siempre pensando. No, no ando mejor. He descubierto que me ocupan otros entrañables que ni siquiera conozco. ¡Claro que soy un tipo muy sensible! ¿Usted no? ... No lo puedo evitar. Es así. Estoy aquí para que me ayude a superarlo. Bueno, no sé si quiero superarlo. En realidad diría soportarlo, porque me llega la noticia y ya es suficiente. Sí, desde el otro día escribo como loco, ay perdón, como loco no, como lo que hago todos los días sin contar ese paréntesis que tuve. Pero, bueno, me llega hondo y encuentro en la escritura como un escudo. No, no es un desahogo. Al contrario, me resulta un campo de batalla y cuando termino el texto siento que he vencido pero termino como si me hubieran dado una paliza. Como en la guerra ¿quién puede hablar de victoriosos? ¿Quienes son esos otros entrañables? Bueno, le digo.

El hombre alterna una y otra máscara sobre su rostro. Se oye Recuerdos II.

–Los viejos solos, los que nadie visita, los que nadie atiende porque están más allá y se cagan y se mean... perdón, pero bueno, es así. Los viejos que se mueren estirando sus brazos, como dice Galeano, sin que esos brazos encuentren a nadie ni haya nadie que los toque o los abrace. Eso me pega fuerte.

¡Ah y los niños! Danzan alrededor mío y no separan sus ojos de mis ojos. Es una mezcla rara de infinito amor y de dolor. ¿No ha visto las fotos? Se publicaron por todo el mundo. No sé, me da lo

mismo si son de Gaza o de Nigeria o de Ruanda o de la India o Pakistán. No puedo definirlo. Sí, Violeta, por eso escribo.

La música Melodía II continúa. El hombre se levanta y comienza a dar vueltas, a girar, a hacer como que juega a la escondida. Se detiene, pone las tres máscaras en el piso y recita el poema mirándolas.

(Los niños de Gaza)

Parece que durmieran

pero no duermen

ni sueñan

ni pueden despertarse.

Están allí,

envueltos

como recién nacidos

pero no nacen.

Parece que miraran

que rieran

que esperaran

pero no miran

no ríen

no esperan.

Sólo pueden morir

y mueren.

Tienen la esperanza de vivir

si no los matan

pero los matan

y aunque parezca que duermen
están muertos.

–Vengan, levántense, vengan conmigo, no se queden ahí como troncos caídos, mutilados por las sierras asesinas ¡vengan!

Termina la música. El hombre levanta las tres máscaras. Se dirige a la mesa.

–Acá alrededor de esta mesa hubo tantos amigos y amigas. Hoy están aquí adentro. Se toca el pecho. Son parte de mí, igual que ustedes, mis pequeños.

Mira al sofá.

–Sí, Violeta. Escribo para ellos. No sé, lo hago y no tengo demasiada explicación. El mundo anda muy loco. ¡Uy, otra vez con esa palabra! Debo eliminar la palabra loco de mi diccionario. ¿Sabés lo que pasa? A veces pienso que escribir para adultos es una pérdida de tiempo. Debemos hacer todo lo que hagamos para ellos ¿entendés? Mirá, te estoy tuteando. ¿Está bien que nos tuteemos o eso te involucra demasiado? Volviendo a los niños, vos misma deberías dedicar una parte de vos para ellos.

Vuelve a mirara la mesa y las máscaras. Se oye Tango.

–Ustedes son parte de mí, no cabe duda. *Mira al público.* Ustedes son parte de mí. *Se levanta y se acerca al proscenio.* La verdad es que no hubiera querido tenerlos en mi alma, pero allí están. Todos nacen siempre y es así. Van naciendo siempre, llenándome de recuerdos, pero al mismo tiempo consumiéndome. Es bueno, saben, porque adentro mío cobran vida. ¿Cómo? *Dirigiéndose a la Psicóloga.* Sí, te agradezco. Me siento bien. Me siento vivo y a ellos también los siento vivos desde algún rincón de mi universo. Voy a llamar a nuestro amigo para agradecerle. No sé si terminé mi luto, pero siento que llevo mejor esta carga, que ya no pesa tanto o que pesa pero de otra manera. ¿Me pedís un balance ahora? Lo escribo y te lo mando en una hoja. En el inmenso territorio de la escritura es donde creo que me expreso mejor. Gracias por todo.

El hombre se va a la mesa de bar, toma un papel y un lápiz. Va diciendo el poema como si lo estuviera escribiendo mirando una a una cada máscara. El hombre va leyendo cada verso lentamente, en tiempo de escritura.

(Árbol)

Sin ellos voy quedándome sin hojas.

Mis ramas son de inviernos permanentes.

Pero de alguna de ellas nacen brotes

y todavía hay pájaros que anidan,

todavía dan sombra mis raíces.

–Se detiene, mira al público y les habla. Desde el principio hasta el final es mientras tanto.

Siempre hay un mientras tanto para todo. Quiero ocupar espacios con mi poesía

mostrando por el mundo a cada ausente que llevo entre mis manos y mis ojos, como los ojos de ellos y sus manos.

Ahora el hombre dice el poema.

Sin ellos voy quedándome sin hojas.

Mis ramas son de inviernos permanentes.

Pero de alguna de ellas nacen brotes

y todavía hay pájaros que anidan,

todavía dan sombra mis raíces.

El hombre toma las máscaras, se da vuelta, se dirige fuera del escenario. Se apagan las luces menos un foco. La música sigue. El hombre vuelve a entrar apurado.

–No firmé mi balance. A ver. Ya está. Voy a firmar así: “Mis entrañables”. Habla con algún

portero. Sí, disculpe, es para la psicóloga. No, no importa. No la moleste. Ella no me

espera. Está esperando estos papeles. ¿Se los puede alcanzar? Muchas gracias. Sí,

dígales que son de parte del poeta, ella va a entender.

El hombre muestra su papel al público. La música continúa. El hombre se retira. Se apaga todo el escenario.

Fin de la obra.
